



PAGINAS

Nº 145
Junio 1997

CORTESIA

Víctor Chero: servidor de Dios, servidor del pueblo/

Jorge Alvarez Calderón



Se nos fue de manera brusca: un fulminante derrame cerebral. Vivió intensamente, hasta el final. Murió como vivió: sirviendo hasta más allá de sus fuerzas, al término de una tensa asamblea del municipio. Murió de Dios, murió de pueblo. Fue el 19 de abril pasado. Tenía 55 años.

El gran público conoció el nombre de Víctor Chero el 5 de febrero de 1985. El Papa había llegado a Villa El Salvador. Era el fin de su primera visita pastoral al Perú. Día de sol, día de mucha gente. De pronto se levantó una voz digna, como valiente y claro reclamo profético: "Santo Padre, ¡tenemos hambre!..." Y continuó describiendo con firmeza la realidad del pueblo. La gente comprendió, se sintió interpretada. Una corriente de vida hizo vibrar a toda la multitud. Los aplausos fueron intensos, ¡al fin se decía en voz alta lo que todos tenían dentro! Víctor en ese momento fue portavoz de los migrantes, de los trabajadores, de los pobres de nuestras ciudades. Fue portavoz también de las comunidades cristianas donde el pueblo descubre cada día la Palabra de Dios como luz y fuerza para defender sus derechos, para luchar por la vida y construir con tenacidad la esperanza. El fue el que le presentó al Papa el tema del hambre de pan y del hambre de Dios que Juan Pablo, impactado, retomó en su improvisación final: "¡Hambre de pan ¡no!, hambre de Dios, ¡sí!".

Los que conocíamos a Víctor sabíamos que en ese momento él hablaba lo que vivía. Víctor no era de muchas palabras, pero era

honesto y profundo. Lo que comprendía, hacía. Hablaba poco, pero de verdad. Tenía características de campesino norteño: tranquilo, pacificado, firme, tierno. Tenía características de obrero de construcción civil, de sindicalista: llevaba en su cuerpo la marca de la rudeza del trabajo, llevaba en su alma el amor de su clase y el sentido agudo de la justicia. Tenía características de verdadero discípulo de Jesucristo. Por eso no temo en adaptar para él el comentario que Jesús hizo sobre Natanael: "Ahí tienen a un cristiano de verdad, en quien no hay engaño" (Juan 1, 47-7).

Estuvo en Villa El Salvador desde los inicios, ahí encontró la Palabra de Dios, ahí dio testimonio de vida. La gente sabía quién era: esposo fiel de Irene, padre de 9 hijos, vecino siempre inquieto y presente, incansable dirigente vecinal y sindical, cristiano profundo y activo. En ese discurso del 5 de febrero, Víctor se presentó tal cual era. Por eso sus palabras calaron hondo: tenían la carga de la verdad.

Después de esa presentación pública, Víctor continuó su vida, como siempre. No se vanaglorió con lo ocurrido. No perdió su sencillez, ni su fidelidad a los compromisos cotidianos. Sintió más bien, de manera más intensa, la exigencia de poner en práctica lo que había dicho. Así lo sentimos los que compartíamos con él sus inquietudes. ¿No lo vimos más motivado en el Movimiento de Trabajadores Cristianos? ¿No lo vimos más valiente y entregado cuando las circunstancias lo exigían? No temió, en efecto, los peligros del despido ante una injusticia en su trabajo: sacó la cara; le costó el puesto, pero él asumió con entereza la situación, pues no podía traicionar sus principios. ¿No aceptó acaso el cargo de regidor municipal en un momento particularmente difícil, cuando muchos temían comprometerse, cuando otros querían entrar para aprovecharse del cargo? ¿No dio ahí un ejemplo de honestidad, de cuidado y preocupación por los más débiles? ¿No mostró ahí la manera nueva de ser dirigente, tal como lo habíamos reflexionado tantas veces en nuestro Movimiento? Víctor en verdad puso en práctica lo que habíamos trabajado juntos. Fue cercano y dialogante con el pueblo, permitía crecer: educaba. Promovía la participación: era democrático. Cargó sobre sí los dramas de los suyos, quizás más allá de sus fuerzas y por eso falleció... Pero él aceptó el reto de ser regidor porque creyó ver ahí la invitación a servir en un momento en que muchos dudaban de hacerlo.

El P. Eugenio, su párroco, recordó en las exequias: "coherencia" era una de las palabras favoritas de Chero. Eso era lo que él sentía como exigencia interna y lo que lo llevaba a la práctica sin dudar. "Coheren-

cia" era lo que él entrega, como mayor legado, a su familia, a sus amigos, a su comunidad. Víctor es un testimonio hondo de coherencia a todo nivel. Por eso es un auténtico servidor, en el sentido evangélico del término: servidor de Dios y servidor de su pueblo. Eso fue Víctor hasta el último día de su vida.

La tarde de su entierro pudimos verificar la importancia que ha tenido su testimonio. La gente que fue, lo que ahí se dijo y se vivió será inolvidable. Gente sencilla y humilde que había visto en él a un hermano atento y solidario, dirigentes populares cuestionados y motivados por su testimonio, miembros de las comunidades cristianas que sentían en Víctor un amigo, un ejemplo. No hubo protocolos, palabras huecas. Caminamos con él por el pueblo, celebramos con él la Eucaristía, lo llevamos con devoción al cementerio de Villa El Salvador. Ahí lo depositamos, semilla de Reino, junto con los testigos del caminar de Villa El Salvador, los que han dado su vida por este pueblo. Era ya de noche, salía la luna...

La vida de toda persona está siempre marcada por la ambigüedad, lo provisorio. Pero en la muerte se sella de manera definitiva el sentido de una vida. Víctor fue durante su caminar, como todos nosotros, un cristiano marcado por la fragilidad, en búsqueda. Pero ahora, su muerte nos dice de manera definitiva lo que él fue: un cristiano de verdad, un ejemplo. Es bueno saber que nuestra iglesia entrega a la sociedad, tan necesitada de puntos de referencia positivos, frutos de evangelio como Víctor. Su testimonio de autenticidad dignifica al pueblo.